

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

VEINTE AÑOS  
DESPUES

## ORTEGA Y LA COMPRESION DE LA REALIDAD

ESCRIBO estas palabras en una Universidad de los Estados Unidos a siete mil kilómetros de Madrid, donde Ortega nació, vivió la mayor parte de su vida, murió hace veinte años. Hace cuatro días mostraba cómo «La rebelión de las masas», el libro más famoso y leído de nuestro siglo, no ha sido nunca bien entendido, no se ha visto que es, ante todo, un libro de filosofía, que contiene una doctrina de la vida humana bien claramente formulada en sus páginas, de la cual brota la sociología que sostiene ese análisis de la sociedad de nuestro tiempo. Y digo de nuestro tiempo porque ese libro, publicado hace cuarenta y cinco años, se ha ido haciendo verdadero, se ha ido «verificando», y es ahora cuando resplandece su verdad, su capacidad de adivinación de lo que todavía estaba latente cuando fue escrito.

¿Por qué? La razón es que Ortega había descendido a un nivel más hondo que toda otra filosofía anterior, y al hacerlo había encontrado el método que hace posible comprender la realidad «desde ese nivel». El puesto de Ortega en la historia de la filosofía es claro —sea cualquiera la opinión que se tenga sobre su doctrina—: es el comienzo de una etapa, el descubridor de un continente cuya exploración y toma de posesión puede requerir generaciones o acaso siglos. Como Parménides; como Platón y Aristóteles juntos, en polémico diálogo; como San Agustín, en quien convergen estímulos que vienen de San Pablo y Filón; como Descartes, Ortega entiende por «realidad» algo nuevo, da un nuevo sentido más profundo a esta palabra, y para entenderlo tiene que hallar un camino adecuado, un «método» capaz de dar razón de esa nueva realidad, de entenderla desde su raíz recién descubierta, hasta entonces soterrada.

Más allá del ente, más allá del ser y la sustancia, más allá del espíritu, más allá del yo pensante solitario, realidades, todas ellas, «radicadas», Ortega encuentra, quiera o no —y esto es lo que quiere decir «realidad»— aquella en que aparecen, se manifiestan tienen su raíz todas las demás: la realidad radical que es «mi vida», yo con las cosas, yo haciendo algo con las cosas, lo que llamamos en español «vivir». Y dar razón de ello, aprehenderlo en su conexión, saber a qué atenerse para poder vivir, es lo que llamaré «razón vital», aquella razón

a la que no podemos renunciar aunque queramos, porque no podemos vivir, en cada instante, sin pensar, sin justificar por qué y para qué hacemos eso que vamos a hacer, sin «dar razón» de mi circunstancia entera, para poder realizar ese proyecto que soy «yo». Esa razón que es «vital» porque consiste en la vida misma, porque es mi vida la que, en su momento, me permite comprender la realidad.

Ahí estamos, ahí está la filosofía. Se dirá: ¿cómo es posible? Si se tiende la mirada por el horizonte filosófico universal, apenas se encuentra huella de esto. Los filósofos, las cátedras universitarias, los congresos, las editoriales filosóficas, hablan de cosas bien distintas. ¿Cómo va a estar ahí la filosofía?

Tengo que insistir: estén donde quieran los que se ocupan de filosofía, la filosofía, ella, está ahí. Si se hace el experimento —no muy difícil— de imaginarse en el mundo a los veinte años de la muerte de alguno de los grandes filósofos en que ha comenzado una etapa de la filosofía, se encontrará qué todavía parecía menos que la filosofía estuviese allí donde estaba, donde «hoy» vemos que estaba. La inercia social es prodigiosa, la capacidad de enterarse, muy escasa. Descartes murió en Estocolmo en 1650; llevaba muchos años de vivir en Holanda, porque en la dulce Francia le hacían la vida imposible —en Holanda también, aunque algo menos, quizá porque no era de casa—. Si se estudia el panorama de la filosofía europea en 1670, si se ve lo que se decía y se escribía, ¿cuántos sabían de verdad que había pasado Descartes y lo que significaba? Recuérdese que todavía en el siglo XVIII, el nombre de Descartes hacía pensar en la idea de los «animales máquinas» y los «torbellinos»; cuesta trabajo encontrar algo que nos parezca verdaderamente Descartes. Y sin embargo, allí estaba, removiendo los resortes mínimos en que se opera la creación filosófica, engendrando a Malebranche y a Spinoza y a Leibniz —sus libros, creadores discípulos—, transformando en su raíz —precisamente en su raíz— el mundo moderno, haciendo que los tres siglos siguientes fuesen lo que han sido.

Esto ocurre con Ortega hoy. Puso el pie en el Nuevo Continente —mejor dicho, en una isla avanzada— hace sesenta y un años, en 1914; llegó a la tierra firme y empezó a explorarla; pareció a muchos que no hacía filosofía, o que no hacía

demasiada filosofía, porque hablaba de cuanto hay en el mundo, y rara vez «de filosofía»; pero precisamente esto era parte de su descubrimiento: la filosofía tiene como misión comprender la realidad, ella, tal como es, sin domesticar, no tales o cuales cuestiones académicas previamente estipuladas. Todo lo que Ortega escribió era filosofía, porque estaba entendiendo cada realidad radicada «desde» la realidad radical, poniendo en marcha ese instrumento que es la «razón vital». Estaba haciendo ante nuestros ojos la operación de entender «filosóficamente» toda realidad, es decir, no como tal o cual cosa u objeto, sino «como realidad». Esta es precisamente la innovación en que va a consistir —quíerese o no— la filosofía del próximo futuro. Por supuesto, las mentes arcaicas son muy dueñas de volverle la espalda y dedicarse a otras cosas que ya eran viejas cuando Ortega empezó a pensar.

Pero nada de esto es seguro, porque la vida es riesgo, radical inseguridad. En mi «Antropología metafísica» escribí hace cinco años: «No sería difícil mostrar cómo en el pensamiento contemporáneo ha sido ahogada una vez y otra la intuición de la realidad que es mi vida al intentar aprehenderla con categorías de las cuales forzosamente se escapa. Se advierte una singular «fatiga» al intentar trascender de lo radicado hacia lo radical, que ha hecho abandonar pronto lo apenas entrevisto. No sería inverosímil que la humanidad dejara escapar, Dios sabe por cuánto tiempo, el esencial descubrimiento de un nuevo sentido de la realidad, como el pescador indolente o agotado deja sumergirse de nuevo en el mar el enorme pez que un momento ha tenido apresado».

Si se quiere otra imagen, ya que he hablado del descubrimiento de un Nuevo Continente, imagínese que Colón y sus compañeros, al primer revés sufrido en la isla que se llamó Española, se hubiesen desalentado y, sin buscar siquiera la tierra firme, hubiesen vuelto las velas hacia sus tierras extremeñas, andaluzas, castellanas, seguras, bien conocidas. Los españoles de fines del siglo XV no lo hicieron. ¿Tendrán menos imaginación, menos curiosidad, menos aliento, menos vocación, los de fines del siglo XX?

Julian MARIAS

## UN SINTOMA

## RECTIFICACION DE LAS CIUDADES

EN Francia, por lo menos, ya ha empezado la desbandada. En todo caso, lo parece. El censo de los grandes núcleos urbanos revela una clara tendencia a disminuir, y las cifras que se dan son ciertamente espectaculares. Quizás el ejemplo de París no sea el más significativo. En los últimos ocho años la capital del Hexágono ha perdido unos 300.000 habitantes, que no es poco de pavo. Pero el fenómeno se repite en no pocos núcleos de provincias con un alcance sin duda mayor, proporcionando guardadas: 70.000 en Lyon, 44.000 en Burdeos, 21.000 en Lille, 16.000 en Nancy, para el mismo espacio de tiempo. La baja, para Burdeos, representa el 17 por 100 de su población, y el 13,4 por 100 para Lyon.

Los números, así, en su neutra impavidez estadística, impresionan. Desde luego, reclaman una interpretación matizada, como siempre. La idea de que la prosperidad económica de una ciudad va relacionada con el aumento de su demografía tiene sólidos fundamentos: sin embargo, y según la opinión de los especialistas, la situación a que me estoy refiriendo se produce al margen de cualquier eventualidad de signo negativo. Se trata más bien de otra cosa: de que la gente «literalmente «huye» de las aglomeraciones galopantes de humanidad. Ignoro lo que pueda ocurrir en Inglaterra, en la Alemania Federal, en Italia; y prescindo de planteamientos más remotos —Estados Unidos, Japón— o de premisas sociales diferentes —el área socialista—, sin contar con las verrugas megapolitanas de las zonas «subdesarrolladas» o «en vías de desarrollo». Lo de Francia es sintomático.

Y lo es a pesar de los pesares. No sería explicación suficiente invocar el «malthusianismo», casi tradicional, de la ciudadanía gala. Por lo contrario: todas las informaciones coinciden en certificar que, en los territorios sometidos a la elegante autoridad de M. Giscard d'Estaing, el llamado «éxodo rural» continúa en marcha, con toda la lógica inflexible de sus conocidas motivaciones. Los campesinos son «expulsados» de sus aldeas por la miseria —falta de jornales discretos, que la progresiva me-

canización del campo o la triste mano de obra inmigrada acentúan —y se sienten atraídos por el espejuelo jovial de la «ciudad», con más empleos y unas presuntas mejores oportunidades de «ascender» o simplemente de «comodidad». Dejemos de lado el asunto de París; bastante complejo: excepcional. La tónica «Ville-Lumière» (o algo por el estilo) es una esponja burocrática e industrial, para Francia, y todavía conserva alicientes para la radicación más o menos duradera de los individuos del pincel, de la pluma sudamericana, del estudiantado «desaliñado», y similares, cuya suma no será de desdén. Pero Burdeos, Lyon, Nancy, Lille, no admiten estos atenuantes. Ni tampoco la sospecha de «decadencia» tan alarmante, que descorazone a los labriegos en su ansia de instalarse en algún suburbio con agua corriente, cines y escuelas y algún que otro ambulatorio afable. O sea: que las cantidades de vecinos que escapan de la «ciudad», en tanto que «salido», representan más de lo que las fuentes estadísticas indican. «Si Pitágoras no miente», por supuesto.

Lo curioso, en el tema es la respuesta a la pregunta de «¿quién evacua la ciudad?» Un grotesco «patriotismo local», a veces, ha difundido la emoción del orgullo de superar a la ciudad rival. Entre nosotros, esta gloriosa tontería se ha configurado en un «ja ver quién es más, si Madrid o Barcelona!», y a renglón seguido, cuál sería «la tercera capital de España», Valencia o Sevilla. Ya comprendo que estos chocantes maratones de hacinamiento urbano puede tener repercusiones administrativas útiles. Pero, en el fondo, en el fondo de esas infantiles repelencias, sólo hay un poso de «provincianismo» irrisorio. Mal señal es que una población quede estancada —mi pueblo, Sueca, pertenece a este nivel— en el volumen de su vecindario, y peor, mucho peor, si disminuye. Pero el «crecimiento urbano» porque sí, ya cede su énfasis digamos parnasiano: el «crecimiento por el crecimiento». Confieso que esa perspectiva, la de «sacar más vecinos que el pueblo próximo», nunca me ha conmovido, si sólo se va a «ser más». Hay personas en Barcelona y en Valencia,

que se sienten heridas en su sensibilidad localista, si, respectivamente, Madrid o Sevilla van más allá de lo que desean, y viceversa. Ponen un orgullo especial en algo así como «ser muchos», sea como fuere. De hecho, el «ser muchos» o «ser menos» no depende de la voluntad de los entusiasmos provinciales. Seremos más o seremos menos según y cómo, y por factores que se nos escapan. Pero, al verse con toda evidencia que el «ser más» es un oprobio, «aigunos» hacen mudanza.

Lo que los franceses tienen ahora en estudio —o en perplejidad— es esa baja demográfica de sus grandes ciudades: una baja que no se corresponde con ninguna «evaporación» física, huela advertir. Los 300.000 de París se han ido a otro lugar, como los 70.000 de Lyon o los 44.000 de Burdeos. Algunos; unos cuantos, sí, al otro mundo, por enfermedad, vejez improrrogada o suicidio, sin contar con la carretera. Unos cuantos. Los demás procuran «huir», pero no demasiado. Se van al más cercano cinturón libre de la ciudad: a los alrededores. La urbe asfaltada, llena de monóxido de carbono, apretada en edificios-colmena, con humos tóxicos próximos, ajetreada por las distancias que su misma extensión obliga, se hace onerosa. Y quienes «pueden», la evaden. Los «ricos» toman la iniciativa. Y no sólo los «ricos». 300.000 ricos ubicados en París todavía son imaginables; cuesta de creer que el 17 por 100 de los contribuyentes de Burdeos merezca una tan conspicua calificación. Ya se me entiende: la «fuga» abarca incluso a matrimonios que han de hacer 20 ó 30 kilómetros para acudir a su lugar de trabajo. No será el «proletariado». El proletariado se acumula en barrios derramados y apilados: son la multitud que compensa la «descompensación» de la «clase alta». Y la sobrepasa. Porque cuantitativamente «ellos» no son tantos, y el déficit de moradores ha de justificarse por una prospección más amplia. Realmente, los primeros en salvarse son los que disponen de un patrimonio pingüe, y puedan pagarse el privilegio de una casa «en las afueras»... Pero se van cuantos pueden.

Pensemos en los «cuadros», en los facultativos con ingresos óptimos, en los jubilados que tienen asignaciones dignas y se las saben administrar. Temen la contaminación, el asfalto, el agobio telefónico, las apreturas del metro o del autobús, el «stress» y las demás neurosis, el supermercado, la publicidad fascinante... Sin contar con otra historia: la especulación del suelo, los «building» suntuosos, las necesidades comerciales. Por caros y por generalmente anti-higiénicos, los domicilios urbanos de las personas poco o mucho «pueriles» van huyendo hacia fuera de la «ciudad». Es lo que pasa en Francia, y ya en términos tan escandalosos que llegan a turbar a la fauna del ramo económico académico, y no digamos la del sociológico. El dictamen oficial —y los dictámenes oficiales suelen ser elaborados por funcionarios reticentes e incluso de la oposición, en todas partes— es que nos hallamos frente a una crisis de la «ciudad». El empleo del «nos», por mi parte, es una mera cláusula de estilo. «Se» hallan frente a eso, ¿qué pasará, a la larga? Está por ver. De momento, se multiplican los tinglados «residenciales»: chalets, inmobiliarias líricas, recuperación de villorrios. Implícitamente, eso equivale a un «no» a la ciudad: un «no» a medias, naturalmente. La «ciudad» sigue siendo una plataforma de graves ventajas, para la estructura y para la superestructura: sigue siendo todo. El fin de semana, y, sobre todo, la vivienda supletoria, será un lujo. Ya no lo es tanto la decisión de «huir». Hacia el viejo campo. Y lo apabullan y extorsionan... Esto es un tema distinto... Conviene retener el cálculo censoral. Esos millares, centenares de millares de franceses «urbanos» no han retornado al campo: siguen siendo «urbanos». Pero fuera de la ciudad...

Una gran ciudad, ¿qué es? O una ciudad mediana, y hasta una pequeña. ¿Qué es? Puede que ni los mismos alcaldes lo sepan. O ellos menos que nadie. Comenzando por París, o Lyon, o Nancy, o Burdeos, o Lille...

Joan FUSTER

FORMACION PROFESIONAL  
ADMINISTRATIVA

Centro legalmente autorizado por el Ministerio de E. y C.

BANCA PRIVADA, OFICIAL Y CAJAS  
DE AHORRO

Preparación permanente para ingreso en tiempo récord

SECRETARIADO - AUXILIAR MINISTERIOS  
TAQUIMECANOGRAFIA - ESTENOTIPIA - CALCULO  
CONTABILIDAD - PERFORISTA (Con prácticas  
en IBM)

ACADEMIA RIPPOLLES

Rambla de Cataluña, 17, pral. Tel. 318-73-94, 317-10-79 y 245-13-02

ESTRUCTURAS  
INMETROEstructuras metálicas normalizadas.  
Solicitar información sin compromiso.  
Pasaje de la Travesera 357, 280632

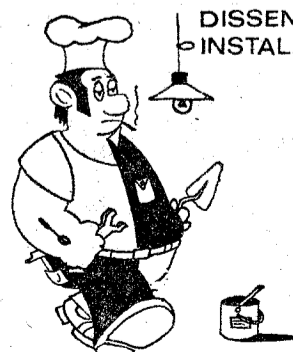
## OPOSICIONES

15 PLAZAS AUXILIARES  
AYUNTAMIENTO DE SABADELL  
Preparación y contestaciones

ACADEMIA VAM

Condal, 3. Telf. 318-81-88

## LA CUINA

DISSENY I TECNICA  
INSTALACIONES DE LUJO EN COCINASvisiten nuestras  
exposiciones sin  
compromiso

PLAZA DEL CENTRO 15-17  
CONDES de BELL-LLOCH 133  
T. 2505645, 3219096

BARCELONA 14